

Una mirada a la disciplina a través de sus palabras

Marina DÍAZ SANZ
Universidad Complutense de Madrid
madsanz@ucm.es

Lorenzo López Trigal (2013) *Diccionario de Geografía Política y Geopolítica*. León: Universidad de León, 317 pp. ISBN: 978-9773-658-9.

El *Diccionario de Geografía Política y Geopolítica* publicado recientemente por la Universidad de León (2013) es una importante contribución desde el contexto español al auge experimentado por este tipo de publicaciones en otros entornos académicos como el anglosajón o el francés. Al sumarse a la amplia lista de publicaciones de naturaleza parecida (véase la “Introducción” al mismo para una relación amplia y comentada), su autor, el catedrático de Geografía Humana de la Universidad de León, Lorenzo López Trigal, ha querido llenar un vacío inexcusable en el ámbito de estos estudios en España. En este sentido, cabe identificar el *Diccionario* como un trabajo que destaca, en primer lugar, por ocuparse de términos usados de forma recurrente en dos campos de la geografía humana como son la geografía política y la geopolítica; y, en segundo término, por tratarse —como no puede ser de otra manera dentro de este género— de un trabajo de vocación fundamentalmente conceptual.

Si bien la labor de conceptualización es probablemente la más importante, costosa y ambiciosa del proceso de elaboración de un diccionario, la valoración de cómo han sido definidos todos y cada uno de estos términos no ha lugar aquí, puesto que además de ser inviable en un texto de estas características, no existen en este sentido opciones “buenas” o “malas”, sino simplemente propuestas (más o menos razonables). Sin embargo, este formato de reflexión sí ofrece la posibilidad de comentar aspectos relacionados con las estrategias elegidas por el autor para organizar el trabajo, poniendo en valor cuáles son las fortalezas principales del mismo, pero también indicando algunas ausencias que podrían ser tenidas en cuenta en futuras revisiones del *Diccionario*. Como sugiere Yves Lacoste en el preámbulo de su *Dictionnaire de Géopolitique* (1993), se trata de reflexionar sobre cómo se ha construido, para qué sirve y qué tipo de dificultades trata de resolver una obra de estas características. Para terminar, concluiré con una breve reflexión acerca del papel que juegan este tipo de herramientas para el estudio y el análisis geográfico-político y geopolítico en la evolución y construcción de la propia disciplina, muy especialmente en nuestro entorno académico próximo.

Para tratar de responder al interrogante sobre cómo se ha construido la obra, para empezar, cabe subrayar que el *Diccionario* de López Trigal se articula alrededor de, en palabras del autor, “280 entradas de términos, revistas y autores, lo que ha permitido abarcar buena parte de la terminología usual en la comunidad científica, además de incorporar una representación de la actividad investigadora en estos mismos campos” (p. 14) —si bien la realidad es que el trabajo hace mención a muchos más términos relacionados con los 280 seleccionados, pero sin otorgarles una entrada preferente—. Con el fin de sistematizar estas relaciones, el autor aporta un listado completo de los mismos al final de la obra (el llamado “Índice analítico”), indicando el número de página/s donde pueden ser encontrados y colocando estos debajo de la/s entrada/s principal/es (seguidos del símbolo →) con la que guardan relación. A través de esta estrategia el autor facilita la creación de campos léxico-asociativos —o, en otras palabras, una red de referencias cruzadas— que pueden resultar de utilidad para el lector o investigador, aunque con ello no se agoten todos los vínculos contextuales entre unos y otros términos. Por otra parte, la traducción de los términos en castellano al inglés (británico y americano), francés, alemán, italiano y portugués constituye un aspecto positivo de la obra ya que, más allá de la curiosidad lingüística, proporciona un acceso fácil a las equivalencias en estos idiomas, facilitando de paso la búsqueda de bibliografía o escritos en las citadas lenguas extranjeras.

Asimismo, cada entrada cuenta con hasta cinco referencias bibliográficas que, o bien son tan centrales a esos conceptos que resultan ineludibles (un caso muy claro es, por ejemplo, *Orientalismo* de Edward W. Said en relación con el concepto de “orientalismo”), o bien resultan de gran interés para la indagación en el concepto tratado (por ejemplo, al definir el concepto de “región”, el autor referencia un texto pertinente como es el Anssi Paasi). Por último, el autor ofrece al final de la obra un listado de bibliografía general y recursos web que completan las referencias ya aparecidas en el cuerpo del texto. Esta sección recoge, en buena medida, obras de cabecera de la disciplina en varias lenguas: principalmente inglés y francés, seguidas a mucha distancia por títulos en italiano, portugués, castellano y alemán. Si bien las referencias aportadas no agotan todo el catálogo disponible y cada cual echará de menos títulos considerados de gran importancia en cada campo de especialización, lo cierto es que una lectura en detalle de este diccionario arroja una buena panorámica de los distintos ámbitos de la disciplina, pasando por conceptos y obras pertenecientes a las áreas de estudio más tradicionales, hasta llegar incluso a la crítica feminista y postcolonial/decolonial.

Todo ello, sin duda, dota de fortaleza y solidez a la obra. Sin embargo, junto a las aportaciones en positivo del *Diccionario*, cabe señalar lo que constituye para mí su omisión más importante: la falta de atención destacada a la/s metodología/s de la geografía política y la geopolítica, es decir, a los modos de conocer y a las técnicas de investigación tradicionales o más novedosas en estos campos de estudio. Así, mientras que 41 entradas del *Diccionario* están dedicadas a los perfiles de voces autorizadas en la disciplina (Mackinder, Claval, Lacoste, Dalby, etc.), a algunas de

las revistas más destacadas del ramo (concretamente 10¹) y a los conceptos considerados preferentes para el autor, los instrumentos de acercamiento/configuración de la realidad geográfico-política o geopolítica quedan en un significativo segundo plano. El *Diccionario* podría, a mi juicio, beneficiarse de la inclusión de términos relacionados con métodos de investigación tanto cualitativa (entrevista, historia oral, grupos de discusión, análisis histórico y de fuentes archivísticas, cuestionarios, análisis del discurso, observación participante, etc.)² como cuantitativa (análisis multivariante, datos espaciales, sistema de información geográfica (GIS por sus siglas en inglés), geovisualización, etc.)³, ya que a pesar de que muchas de estas técnicas son comunes a otras disciplinas de las ciencias sociales (sociología, antropología, ciencia política...), no dejan de contar con aterrizajes propios en los distintos ámbitos de la geografía humana y de abrir un fértil campo de posibilidades a las investigaciones desarrolladas en geografía política y geopolítica.

La falta de inclusión de conceptos relacionados con las metodologías de investigación en una obra de esta naturaleza puede querer decir que, o bien se considera un aspecto periférico con respecto al núcleo duro de lo que “importa” en la disciplina, o bien que la metodología ocupa un lugar secundario en la investigación en geografía política o geopolítica; una dimensión que se aborda solo después de haber decidido cuáles son los objetos de estudio legítimos y quiénes (autores) son los referentes teórico-conceptuales clave para “x” o “y” investigación. Con el fin de superar la idea de que la geografía es una disciplina en la que “los ojos ven pero no son vistos”⁴ sería conveniente, a mi juicio, integrar la reflexión sobre el “cómo conocemos” a todos los ámbitos de discusión en este campo y ¿por qué no también en un diccionario especializado en castellano? En un momento en el que —especialmente desde posiciones críticas tanto en geografía política como en geopolítica (ver, por ejemplo, “*critical geopolitics*” en el “Índice analítico”)— se ha cuestionado fuertemente la neutralidad de una disciplina como la geografía, resulta prioritario indagar en los procesos de construcción del saber geográfico y las herramientas sobre las que se sostiene más allá de la propia geografía.

¹ Se podrían considerar otras revistas de interés que no se encuentran en lugar preferente en la obra (aunque algunas sí en referencias bibliográficas a lo largo del *Diccionario*) y que también se han ocupado de múltiples temas relacionados con el ámbito de estudio de este léxico: *Progress in Human Geography*, *Annals of the Association of American Geographers*, *Transactions and Papers (Institute of British Geographers)*, *Environment and Planning D: Society and Space*, *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, etc.

² Algunos textos de referencia en este campo son: Iain Hay: *Qualitative Research Methods in Human Geography*. Ontario: Oxford University Press, 2010; o Nicholas Clifford, Shaun French & Gill Valentine (eds.): *Key methods in geography*. London: SAGE, 2010.

³ Ver, por ejemplo, Guy M. Robinson: *Methods and techniques in human geography*. Chichester: Wiley, 1998.

⁴ En “Locating critical geopolitics” (*Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 12, pp. 515-524), Klaus John Dodds afirma que, hasta el surgimiento de voces críticas, la geopolítica —y ello puede ser extensible a la geografía política también— se había presentado como una disciplina panóptica en la que la idea de que “*eyes see but are not seen*” (p. 519) ocupó un lugar central en el modo de construir conocimiento geográfico.

En otro orden de cosas, al tratar de responder a la pregunta de para qué sirve este diccionario podemos afirmar que cumple, en primer lugar, con uno de los objetivos propuestos por el autor en la “Introducción” al libro donde escribe que “se ha optado por cubrir la ausencia de este tipo de diccionarios temáticos de las dos subdisciplinas en el contexto académico próximo y contribuir de alguna forma a la integración y desarrollo de los estudios de Geografía política y Geopolítica” (p. 13). En este sentido, el *Diccionario* se presenta como una buena hoja de ruta tanto para alumnos de grado (especialmente de los grados de geografía, ciencia política y relaciones internacionales, pero de forma más general, en cualquier campo de las ciencias sociales), como para alumnos de posgrado en las materias citadas y especialistas cuyas investigaciones se ocupan de cuestiones espaciales de diversa índole. Pero, ¿de qué manera constituye una hoja de ruta? Lacoste se preguntaba sobre las dificultades que un léxico como el que, en este caso, propone López Trigal puede ayudarnos a superar. En lo que resta de comentario, ofrezco mi sugerencia sobre la manera en que este diccionario nos guía por estas áreas de estudio y, de forma simultánea, construye un discurso sobre la recepción de la disciplina en nuestro entorno académico.

Mi interpretación es que el *Diccionario* facilita una aproximación a la geografía política y a la geopolítica desde una perspectiva eminentemente institucional, articulada alrededor de sus corrientes principales, y con una inclinación hacia la dimensión de la ciencia política sobre la geografía (humana). Ello deja entrever el interés del autor por la construcción de puentes entre estos campos de las ciencias sociales, algo que sin duda está en el origen de un área de estudio como la geografía política. El resultado que se deriva de estas opciones tiene que ver con que el Estado⁵, su organización político-territorial, y los fenómenos asociados a su reconocimiento político y administrativo, así como a sus fronteras, ocupan un lugar central en la obra⁶. Frente a ello, no atrapan tanta atención las geografías culturales, los supuestos geográficos que hay detrás de sus representaciones, lo simbólico, el vínculo poder/conocimiento, la cuestión de la autoridad, las escalas por encima o por debajo del Estado, pero sobre todo el sentido de su actuar simultáneamente (lo corporal, lo urbano, lo local, lo nacional, lo estatal, lo regional, lo global). Visto desde otro punto de vista, da la impresión de que la obra de López Trigal presta atención privilegiada a objetos y resultados, en detrimento de prácticas y procesos. Sirvan de ejemplo las entradas “identidad”, “seguridad”, “frontera”, “discurso geopolítico”, en detrimento de “procesos de identificación”, “securitización”, “fronte-rización” o “prácticas geopolíticas”. Más allá de que estas parejas de términos formen parte de la ficción académica en la que estamos inmersos, es significativa la

⁵ El Diccionario ofrece 7 entradas para el vocablo “Estado” y sus distintas combinaciones con los epítetos “fallido”, “faro”, “nación”, “pivote”, “satélite” y “tapón”, lo cual ilustra en buena medida el énfasis otorgado en esta obra a esta escala que además de geográfica es política, económica, social y simbólica.

⁶ Los casos que ilustran esta afirmación son la mayoría, pero sirvan de ejemplo las entradas “Administración pública”, “censo electoral”, “código geopolítico”, “federalismo”, “geopolítica del agua”, “irredentismo”, “partición”, “seguridad”, “trabajador fronterizo”, etc.

elección de unas sobre las otras y cómo las primeras están ligadas a *lo tradicional*, mientras que las segundas se asocian a enfoques críticos. Al poner frente a frente, *lo tradicional* frente a *lo crítico*, no trato aquí de denostar lo primero para ensalzar lo segundo. Tampoco es una llamada a desterrar la entrada “Estado” del diccionario, sino a tratar de pensar más allá de las categorías tradicionales y empezar a considerar otras como “aeropuerto”, “museo etnográfico” o “cibergeografía”.

En conclusión, la reflexión en torno a estas cuestiones abre para mí la posibilidad de examen sobre el estado de la disciplina. Si bien estas conclusiones quizá no son extensibles a todos los desarrollos que ha tenido la disciplina en nuestro contexto académico, sí me atrevería a decir que se enmarca en una tradición razonablemente bien asentada. En cualquier caso, parece sensato considerar que la elaboración de un diccionario tiene como objetivo el intento de captar una realidad (la académica, pero también la de la actualidad dentro y fuera de nuestras fronteras⁷), elaborar un relato acerca de ella a través de las distintas definiciones de conceptos y, a su vez, devolver al mundo una imagen que se pretende cierta sobre esos pequeños fragmentos de realidad acotada. Y, así, en su intento de aprehender el mundo ahí fuera de manera holística, un diccionario adopta una responsabilidad especial en el universo de las publicaciones académicas. De tal forma que la elaboración de este diccionario corre paralela al proyecto (más o menos consciente) de fijar por un instante al libro las distintas realidades geográfico-políticas y geopolíticas que confluyeron en su autor durante el proceso de confección y tras una larga trayectoria de investigación en estos campos. Bajo estas consideraciones, el texto de López Trigal se presenta como una obra de consulta y referencia obligada para aquellos interesados en las intersecciones entre disciplinas de las ciencias sociales (si es que acaso son válidas las fronteras entre unas y otras).

⁷ Las entradas “cuestión de Ceuta y Melilla”, “cuestión kurda”, “cuestión vasca”, “frontera de Estados Unidos-México” o “Sahel” responden a la necesidad de recoger problemas que aunque son históricos, son actuales.